

Temple tiene casi un año, y ella es así.

La madre de Temple, Eustacia, es una joven con su primera hija. No sabe nada de niños, tendrá que aprenderlo todo, como todas las madres. Pero se da cuenta enseguida, cuando va a ver a sus amigas que también tienen niños pequeños, de que Temple no se comporta como los demás: no coge las cosas, no es curiosa, no suelta grititos, no se ríe, no intenta agarrarse a su pelo, a los botones o a la camiseta para tirar fuerte. No se mete nada en la boca, ni siquiera el dedo.

Duerme muchísimo. No habla. No busca el contacto ni los abrazos. Parece encerrada en sí misma, como si

estuviera en un mundo aparte.

Temple y su madre están jugando con un hoyo en la arena con otra madre y otra niña. Ceelie llena el cubo de arena y la moja con la regadera. Luego juega con los moldes canturreando algo, los vuelca y espera las miradas cariñosas y las alabanzas de las dos mujeres, que le hacen fiestas enseguida. Muy contenta, repite el juego una y otra vez.

Temple, sentada al lado, no habla, no canturrea. Coge la arena a puñados y deja que se le escurra entre los dedos.

—¿Hacemos una tarta? —propone la madre—. Mira, así.

Coge un molde, lo llena y le da la vuelta. Temple permanece indiferente.

—¿Por qué Temple no hace lo mismo

que Ceelie? —No lo pregunta la madre de Ceelie, sino Eustacia.

—No lo sé —dice la otra madre—, pero creo que debería. Ceelie es un poco mayor que Temple, y los niños de dos años no juegan juntos, pero normalmente se miran y se imitan. Lo que hace uno, también lo quiere hacer el otro.

En el silencio que solo rompe el murmullo de Ceelie, la otra niña no levanta los ojos de la arena.

—Creo que podría aprender a hablar —dice la madre de Ceelie.

Porque Temple, con dos años, no habla. Grita. Es como si las palabras no pudieran salir, como si estuviera siempre prisionera de un enorme

balbuceo sin resultados, y después tiene que sacarlo gritando. Es lo único que sabe hacer para que la oigan.

No quiere que la toquen. Le gustaría, en realidad, pero cuando la tocan es como si fuera demasiado, tanto que le duele.

Esta niña sabe cosas que el resto no saben, y no sabe cosas que el resto saben. Ve secretos en los granos de arena, puede pasarse horas contemplándolos, uno por uno, notando las diferencias más diminutas, como si los mirara por un microscopio. Cuando los mayores hablan entre ellos no los entiende, es como si usaran un idioma secreto. Cuando hay ruidos demasiado fuertes, se mece. Da vueltas sobre sí

misma, el mareo la aísla y hace que se sienta bien.

—Llévala a un especialista del hospital infantil —concluye la madre de Ceelie—. Daño no le hará.

Eustacia lleva a Temple al pediatra que la conoce desde que nació. Tras un reconocimiento detallado, le dice:

—Si quiere, llévela al hospital infantil. Pero yo creo que, simplemente, usted es una madre aprensiva.

En el hospital, el especialista observa a Temple y comenta:

—Es verdad que es una niña especial, pero si juega con ella así... —Y saca de un armario una serie de cubos de colores, que están unos dentro de otros.